

cuadernos *del clae*

53

LAS ELECCIONES DE 1989 EN
URUGUAY: UN SISTEMA DE
PARTIDOS EN TRANSICION

Pablo Mieres

LAS ELECCIONES
DE 1989 EN BRASIL

Waldo Ansaldo

SOBRE LA NATURALEZA DEL
DISCURSO BIOGRAFICO

Carlos Piña R.

"LA VIDA ERA SIEMPRE..."

Rosario Beisso y
José L. Castagnola

LA PRODUCCION NARRATIVA
EN LA SITUACION
DE ENTREVISTA

María Magdalena Chirico

REVISTA URUGUAYA DE CIENCIAS SOCIALES

Editada por CLAEH, 2ª Serie, Año 15, 1990/1

Las elecciones de 1989 en Brasil: la fiesta de la democracia entre las perplejidades del presente y las angustias del futuro

Waldo Ansaldi

*A Maria Helena (petista),
Irlemar, Eduardo (tucanos)
y Samuel (brizolista),
por su amistad y solidaridad.*

Brasil brasileiro

La República Federativa de Brasil ocupa una superficie de 8.511.965 km², con una población de 140 a 143 millones de habitantes, muy irregular o desigualmente distribuida entre las cinco regiones en que se divide el país (Norte, Nordeste, Centro-oeste, Sudeste, Sur). El 40% de esa población no dispone de asistencia médica mínima adecuada, mientras que el nivel de carencia asciende al 70% en el caso de la vivienda compatible con la dignidad humana. La tasa de mortalidad infantil es de 8,7% en menores de 5 años y de 6,4% en menores de un año (1987). El déficit de camas en hospitales llega a 145.359 (1985), conforme a los criterios de la Organización Mundial de la Salud (una cama cada 200.000 habitantes). La malaria afectó a más de 500.000 personas en 1987, mientras se reiteran los casos de meningitis y dengue. Los niños protegidos por la vacuna triple son el 57%.

WALDO ANSALDI
Investigador del CONICET, en el Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, profesor de Historia Social Latinoamericana en la misma Facultad y profesor visitante en la Universidad de São Paulo durante el 2^{do} semestre de 1989.

La esperanza de vida al nacer es de 64 años (1987).

LAS ELECCIONES DE 1989 EN BRASIL

25

empresas transnacionales, al tiempo que permitía el financiamiento del consumo de los grupos de ingresos medios y altos (crédito al consumo) y reducía el salario real. A lo largo de estos 25 años, el crecimiento y el afianzamiento del Estado en la economía fue muy alto, alcanzando el mayor nivel de la historia brasileña. El Estado es propietario de gigantescas empresas de sectores dinámicos de la economía, como Petrobras, Siderbras, Electrobras, Telebras, Companhia Vale do Rio Doce. El total alcanza a 179. Por otra parte, ese mismo Estado ha transferido a sectores privados ingentes recursos, que según el cálculo del sociólogo René Dreifus (*O jogo da direita*, Editora Vozes, 1989) asciende, entre 1973 y 1985, a U\$S 153.000.000.000 (alrededor del 40% más que el total de la deuda externa), bajo la forma de subsidios, incentivos y exoneraciones fiscales. Uno de los resultados ha sido la consolidación de una minoritaria y privilegiada fracción de la sociedad que privatizó el Estado. Entre los favorecidos se encuentra la "oligarquía" azucarera y alcoholera del Norte y Nordeste, considerada uno de los sectores más atrasados de la economía del país. Uno de los estados en la que ella es fuerte es el pequeño de Alagoas. De una y otro surge Fernando Collor de Mello. Un dato más acerca de la transferencia de recursos públicos en favor de los más ricos y en detrimento de los más pobres: el 6% de los beneficios sociales distribuidos por el Estado llega al 19% de la PEA que gana hasta un cuarto de salario mínimo, mientras el 34% de aquellos es percibido por el 16% de la segunda que percibe más de dos salarios mínimos.

La fiesta de la democracia

El 15 de noviembre, exactamente el día del primer centenario de la proclamación de la república —a *República Velha*, resultado de un golpe militar que colocó en la presidencia al alagoano mariscal Deodoro da Fonseca—, 82.074.718 brasileños mayores de 16 años estaban habilitados para votar y elegir directamente presidente y vice. Lo hicieron 72.280.909, es decir, se abstuvieron 9.793.809 (11.94%, una proporción baja). Era la primera vez en 29 años que el pueblo podía elegir directamente a su presidente. El golpe militar de 1964 le había privado de este derecho, ejercido por última vez en las elecciones del 3 de octubre de 1960, en las que triunfó Jânio Quadros. El acto electoral de 1989 —la 17ª elección presidencial— tiene un componente adicional, menos simbólico y más dramático: se realizó en el contexto de la crisis económica más grave de la sociedad brasileña del siglo XX. No obstante, no alcanzó a empañar la fiesta de la democracia.

Conforme con la nueva constitución de 1988 (art. 77, inc. 3), si ningún candidato obtiene mayoría absoluta de los votos debe procederse a una segunda votación, de la que participan solo los dos candidatos más votados. Esta situación se produjo en noviembre, razón por la cual el 17 de diciembre tuvo lugar el segundo turno, en el que la opción se planteó, polarizada, entre el candidato populista de derecha, el empresario en el sector comunicaciones Fernando Collor de Mello, y el líder obrero metalúrgico, de izquierda, Luis Inacio ("Lula") da Silva. En la ronda decisiva, la fórmula Fernando Collor de Mello - Itamar Augusto Cauterio Franco, del *Partido da Reconstrução Nacional* (PRN), se impuso al binomio Luis Inacio da Silva - José Paulo Bisol, del *Frente Brasil Popular* (FBP), obteniendo poco más del 52% de los sufragios.

Por varias razones que espero resulten claras para el lector, entiendo que los resultados del primer turno son los más importantes para un análisis comprensivo de la coyuntura política del Brasil. Ellos constituyen, en consecuencia, el núcleo de esta

contribución.

La campaña para el primer turno no se caracterizó por un alto nivel en cuanto a contenidos, propuestas o ideas-fuerza. Hubo, sí, un notable despliegue televisivo y callejero, con los candidatos apelando a sus potenciales electores a través de la imagen o del contacto directo en actos públicos (*comícios*) convertidos en despliegue de entusiasmo, color y activa participación, en exaltación de los candidatos a presidente (relegando no solo a los respectivos compañeros de fórmula, sino al propio partido). Artistas, intelectuales, deportistas expresaron su adhesión a varios de los candidatos (principalmente a Covas, Lula, Brizola y Collor). En general, todo en un tono de tolerancia, excepto algunas intemperancias de militantes, unos pocos enfrentamientos violentos y hasta el descontrol de algún candidato (caso Collor). Para una elevadísima proporción de brasileños, los nacidos entre 1943 y 1973, la elección de noviembre era la primera ocasión de votar para elegir presidente y vice. Es que, como se señaló, las elecciones de 1960 fueron las últimas en las que se había ejercido tal derecho. El golpe que instauró la dictadura militar en 1964 reservó una decisión de tal magnitud a la jefatura militar hasta 1985, cuando dentro de la transición pactada se transfirió tal poder a un colegio electoral (elección indirecta), el cual eligió a Tancredo Neves - José Sarney (contra la candidatura derechista de Paulo Maluf, por quien votó Collor). Las elecciones directas eran una expresión de fiesta de la democracia, de fiesta de un pueblo que luchó denodadamente para reconquistar un derecho cercenado. La sociedad ganó la calle para apoyar y para rechazar candidatos, para ejercer el derecho a construir el consenso y el disenso, para decidir cómo y con quién construir el futuro. Por eso las calles de todo Brasil se convirtieron en el escenario de la fiesta de la democracia. El espectáculo extraordinario, emocionante, que ofrecían, por ejemplo, las avenidas Paulista y Atlántica, en São Paulo y Rio de Janeiro, respectivamente, durante todo el 15 de noviembre, y en particular después del cierre del acto electoral, no es fácil de describir. En la Paulista, militantes *petistas* y *tucanos*² se abrazaban y festejaban juntos; en la Atlántica, los *brizolistas* —manteniendo la esperanza sobre el segundo lugar— celebraban al mejor estilo carioca. Incluso la presencia de los adversarios servía para hacer converger la exteriorización de la alegría. Más allá de los resultados —para entonces todavía una incógnita—, lo importante era la reconquista de un derecho fundamental, para cuyo ejercicio no hay distinciones. Banderas, pancartas, obleas, remeras, todo el despliegue para afirmar las identidades partidarias mostraba una de las formas en que se expresa la primacía de la lógica de la política. La fiesta de la democracia, sí; pero..., ¿qué hay más allá de la fiesta?

Las perplejidades del presente

Los días previos —y los inmediatos siguientes— a las elecciones se caracterizaron por la incertidumbre respecto del segundo lugar. Todas las encuestas coincidían en dos puntos: 1) ningún candidato alcanzaría la mitad más uno; el segundo turno era un hecho; 2) Collor obtendría el primer lugar y su oponente sería Lula o Leonel Brizola, entre quienes había empate técnico. Otra incógnita era hasta dónde llegaría el notable crecimiento que, sobre el final de la campaña, se había producido en la candidatura del *tucano* Mario Covas.

El día 16, frente a la cantela de todos los medios de comunicación, Folha de

² Nombre por el que se conoce a los partidarios del PSDB, por su símbolo, el tucán.

São Paulo anunció que Collor y Lula disputarían el segundo turno. La afirmación se basaba en los excelentes análisis de opinión realizados por DataFolha, una empresa colateral del diario. Este se trenzó en una polémica con la poderosa organización Rede Globo, de Roberto Marinho, soporte fundamental de la candidatura Collor, que insistía en otorgar el segundo lugar a Brizola. El episodio, anecdótico, es significativo respecto del papel importantísimo desempeñado por los medios de comunicación durante el proceso electoral, tema cuyo análisis escapa a las posibilidades de este artículo.

En la tarde del 21, el Tribunal Superior Electoral (TSE) difundió los resultados finales oficiales, confirmando el anticipo del diario paulista. Collor obtuvo 20:611.011 votos (28,52% del total de los emitidos, 25,12% del total del padrón); Lula, 11:622.673 (16,08 y 14,16%). Brizola, muy próximo, llegó a 11:168.228 (15,45 y 13,61%) y Covas se ubicó cómodamente en el cuarto lugar, alcanzando 7:790.392 sufragios (10,78 y 9,49%). El detalle de los resultados puede observarse en el cuadro 1.

Cuadro 1
Resultados finales de las elecciones presidenciales
(primer turno, 15 de noviembre de 1989)

Colocación	Nombre	Total de votos	% sobre el total
1	Collor	20:611.011	28,52
2	Lula	11:622.673	16,08
3	Brizola	11:168.228	15,45
4	Covas	7:790.392	10,78
5	Maluf	5:986.575	8,28
6	Afif	3:272.462	4,53
7	Ulysses	3:204.932	4,43
8	Freire	769.123	1,06
9	Aureliano	600.838	0,83
10	Calado	488.846	0,68
11	Camargo	379.286	0,52
12	Enéas	360.561	0,50
13	Marronzinho	238.425	0,33
14	PG	198.719	0,27
15	Zamir	187.155	0,26
16	Livia	179.922	0,25
17	Mattar	162.350	0,22
18	Gabeira	125.842	0,17
19	Brant	109.909	0,15
20	Pedreira	86.114	0,12
21	Horta	83.286	0,12
22	Correa*	4.363	0,01
	Blancos	1:176.413	1,43
	Nulos	3:473.484	4,23
	Abstenciones	9:793.809	11,94
	Total	82:074.718	100,00

* La candidatura de Correa fue impugnada por el TSE. Esos votos fueron considerados nulos.

Fuente: Folha de São Paulo, 22 de noviembre de 1989, B-8.



El PRN ganó en 23 de los 27 distritos electorales y en cuatro de las cinco regiones. El *Partido Democrático Trabalhista* (PDT), de Brizola, se impuso en tres estados (Rio de Janeiro, Rio Grande do Sul —de ambos fue gobernador— y Santa Catarina) y en una región, la Sur. El FBP venció en el Distrito Federal. Collor ocupó el primer lugar en tres de los cinco principales estados: en el primero (São Paulo), el segundo (Minas Gerais) y el quinto (Bahia); ellos le aportaron 8:295.070 votos. Notablemente, perdió en las tres capitales (São Paulo, Belo Horizonte y Salvador). Los otros dos estados, donde se ubicó segundo de Brizola, le significaron 1:670.274 sufragios más, de modo tal que en los cinco su caudal electoral fue de 9:965.344 (48.35% de su total nacional). Brizola venció cómodamente en Rio de Janeiro (50,4%) y Rio Grande do Sul (60,8%), tercero y cuarto distritos electorales. En este caso, el PDT ganó tanto a nivel estatal cuanto de las respectivas capitales (48,8% en Rio, 68,1 en Porto Alegre).

Si se toman las diez principales capitales del país (São Paulo, Rio de Janeiro, Belo Horizonte, Salvador, Fortaleza, Brasilia, Porto Alegre, Curitiba, Recife y Belém) —cuyos electores van desde 571.997 en Belém hasta 5:990.716 en São Paulo—, se aprecia que Collor sólo triunfó en las octava (Curitiba, estado de Paraná, en el Sur, con 814.891 electores) y décima (Belém, estado de Pará, en el Nordeste). Lula venció en Belo Horizonte (Minas Gerais, Sudeste), Salvador (Bahia, Nordeste), Brasilia (Distrito Federal, en el Centro-oeste) y Recife (Pernambuco, Nordeste). Brizola en Rio de Janeiro (Sudeste), Fortaleza (Ceará, Nordeste) y Porto Alegre

—PRN, PDS (*Partido Democrático Social*, Paulo Maluf) PL (*Partido Liberal*, Guilherme Afif)— reunieron el 41,32% de los votos emitidos, porcentaje ligeramente superior si se incluyen el *Partido da Frente Liberal* (PFL), de Aureliano Chaves, uno de los políticos símbolos del régimen militar, y el *Partido Social Democrático* (PSD), del delirante Rolando Caiado, portavoz de los más retardatarios propietarios rurales. Por su parte, el espectro de centroizquierda a izquierda —FBP, PDT, PSDB (*Partido da Social Democracia Brasileira*, Mario Covas), ubicados en el segundo, tercero y cuarto lugares— ocupó 42,31%, también aquí con un pequeño incremento si se suma el 1,06% logrado por el PCB (*Partido Comunista Brasileiro*, Roberto Freire) y su propuesta de un “socialismo renovado”. Lo que en Brasil se considera centro, *strictu sensu*, representado por el *Partido do Movimento Democrático Brasileiro* (PMDB, Ulysses Guimarães), apenas sumó 4,43% de los votos.

Notablemente, los cinco partidos que se distribuyeron la mayor cantidad de votos y de representantes en las elecciones parlamentarias de 1986 —PMDB, PFL, PDS, PDT y el desaparecido PTB (*Partido Trabalhista Brasileiro*, de Yvette Vargas, hija de Getúlio)—, en 1989 no alcanzaron el umbral del 10%, excepto el brizolismo (3^{er}, con el 15,45%). El PMDB y el PFL constituyeron en 1985 la Alianza Democrática, acuerdo político que permitió la elección de la fórmula Tancredo Neves-José Sarney. Hoy, con 3:805.770 votos (5,27%) y la alianza táctica disuelta, pueden considerarse prácticamente desaparecidos. El presidente Sarney no tenía candidato orgánico, aunque declaró haber votado por Aureliano (PFL).

El PDS, continuador de la *Aliança Renovadora Nacional* (ARENA), el partido del gobierno militar hasta 1979, parece destinado a seguir la suerte de su máximo dirigente, el empresario Paulo Maluf, otro hombre vinculado al régimen militar. Ubicado en la quinta posición, con 8,28% de los votos, no alcanzó a constituirse en una orgánica expresión de la derecha. Justamente, las elecciones presidenciales no solo indican que esta carece aún de un partido que la represente cabalmente: más precisamente, muestran que la burguesía brasileña, incluyendo su fracción más moderna, carece de tal partido orgánico. El PRN no lo es, en primer lugar porque no es un partido realmente tal, mucho menos orgánico. Fue fundado en febrero de 1989 para servir de soporte a la candidatura de Collor (un hombre que proviene, sucesivamente, de la ARENA [1979-82], el PDS [1982-85] y el PMDB [1985-89]). Parece fuera de toda duda que su suerte está atada a la del nuevo presidente. No hay que engañarse: los capitalistas votaron a Collor de Mello en tanto la mejor posibilidad capaz de frenar el triunfo de la izquierda, no porque él los represente orgánicamente. En tal sentido, el PRN expresa más bien la continuidad oligárquica de los grupos que detentaron y sobre todo usufructuaron el poder bajo la dictadura. Como escribió Fernando Henrique Cardoso, el conservadorismo brasileño se deshizo en fisiologismo y oportunismo.

Tres partidos, en cambio, logran constituirse en una clara expresión de definidos sectores de la sociedad brasileña y, en dos casos al menos, como partido orgánicos y bien estructurados. En primer lugar, el *Partido dos Trabalhadores* (PT), fundado en 1980, base del Frente Brasil Popular, que integran además los minoritarios *Partidos Socialista Brasileiro* (PSB) y *Comunista do Brasil* (PC do B).³ Representa a mayoritarios sectores de la clase obrera industrial, con alto nivel de calificación, sindicalizados, combativos, aunque también ha logrado, como se ha señalado, la representación de trabajadores y sectores populares de áreas menos dinámicas (particularmente en el Nordeste), a los que se suman importantes núcleos de clase media urbana (intelectuales, artistas, profesionales) y movimientos sociales en pro de mejores condiciones de vida, especialmente los organizados y dirigidos por las Comunidades Eclesiásticas de Base, vinculadas a la Iglesia Católica, de papel protagónico en la movilización *petista* (numerosos sacerdotes y obispos se desempe-

fiaron como militantes, agitadores y propagandistas de primera línea). El discurso del PT es monoclasista, pero sus bases y su política van más allá de aquel. Me parece que Hélio Jaguaribe simplifica en demasía cuando lo califica sólo como un partido monoclasista obrerista.⁴

El PSDB es inequívocamente el partido de la clase media urbana innovadora (profesionales, universitarios, intelectuales, artistas, tecnócratas), sin dejar de atraer la adhesión de empresarios progresistas, particularmente paulistas. Posee la mejor estructura de cuadros aptos para la administración del poder y para la formación de opinión. Mario Covas, su candidato, fue el que tuvo menor índice de rechazo por parte de los electores en todas las encuestas, y casi seguro vencedor en caso de llegar al segundo turno. Desde un punto de vista teórico o ideal, el PSDB y la candidatura Covas constituían la mejor opción para una salida progresista para la transición hacia la democracia en Brasil. Que no haya alcanzado a concretarse como tal opción es el resultado, en buena medida (a mi juicio), de errores de concepción y ejecución de la campaña, quizás como consecuencia de conflictos, tensiones y heterogeneidad en el interior del partido. *Os tucanos* representan a crecientes sectores de la sociedad brasileña (en buena medida creados o desarrollados por o "milagre" económico) que demandan profundización de la democracia, sentido ético en la política (incluyendo la ética personal y el hacer política con ella), respeto institucional, reglas claras y transparencia de la vida pública, caracterización esta que coincide con la de Francisco de Oliveira.

El PSDB es un partido nuevo, creado en junio de 1988 a partir de disidentes de izquierda del PMDB. Dispone de un conjunto de atributos que le permiten, *a priori*, aparecer como una fuerza capaz de desempeñar un decisivo papel en el escenario político del futuro inmediato. No obstante, como se sabe, condiciones necesarias no son siempre condiciones suficientes. El PSDB podrá constituirse en una fuerza política de mayor envergadura si logra definir y realizar una estrategia que le permita superar, por lo menos, dos limitaciones actuales: 1) su excesivo apoyo en la clase media urbana de las principales ciudades y estados; 2) su escasa penetración fuera de los cinco estados más importantes electoralmente y de la región Sudeste. En efecto, el PSDB obtuvo 5:871.538 votos (75,3% de su caudal electoral) en São Paulo (3:802.330), Minas Gerais (799.239), Rio de Janeiro (543.795), Ceará (477.329) y Bahia (248.845), en los que se ubicó 3º (en los dos primeros y en Ceará) y 4º (en Rio de Janeiro y Bahia). Más aún: 45,05% de esos votos (que equivalen a 33,96% de su total nacional) fue logrado en las respectivas capitales estaduais. Los datos dicen también, presentados de otra manera, que el PSDB es fuerte en la región Sudeste (São Paulo, Minas Gerais, Rio de Janeiro y Espírito Santo), la más importante del país: ella le aportó 5:263.412 votos (67,56 % del caudal nacional), con 46,73% de ellos logrados en las cuatro capitales (que por otro lado significan 31,57% del total de todo el país). Porcentualmente, *os tucanos* llegaron al 31,9 (1º) en São Paulo, 20 en Vitoria (2º, prácticamente empatados con Lula, 3º), 19,4 en Belo Horizonte y 11,3 en Rio. (En Fortaleza, Salvador y Brasilia fueron terceros, con 14,7, 11,2 y 17,3, respectivamente).

³ El PC do B surgió como escisión del PCB en 1962. Fue primero partidario de las posiciones maoístas y de la lucha armada (organizó guerrillas entre 1966 y 1974) y luego, entendiéndose que el PC chino se había tornado revisionista y desviado del camino correcto, se inclinó por la línea del PC de Albania. Sus objetivos estratégicos son la conquista del poder por la revolución proletaria, la instauración de la dictadura del proletariado y de un régimen marxista-leninista (stalinista). Su participación en el Frente contribuyó a alentar la imagen que la derecha dibujó de la candidatura Lula, y sin dudas le privó de muchísimos votos.

⁴ Véase Hélio JAGUARIBE, "Para evitar o caos", en *Folha de São Paulo*, 12 de noviembre de 1989, A-3.

Es decir, que las posibilidades de afianzamiento del partido dependen en buena medida de su capacidad de ampliar su base social, especialmente ganando a los trabajadores industriales (donde deberá enfrentar a la poderosa inserción del PT) y a sectores rurales y urbanos progresistas y democráticos.

En cuanto al PDT, finalmente, es por cierto el menos orgánico de los tres principales partidos del arco centroizquierda-izquierda. Fuertemente asentado en el liderazgo carismático de Leonel Brizola, también él parece ligado a la suerte de este. Este hecho lo asemeja a los partidos brasileños de viejo cuño, constituidos más en torno a liderazgos que a programa, doctrina u organización sólida. En algún sentido puede ser calificado como una formación populista de izquierda, a despecho de la ocupación de una vicepresidencia de la Internacional Socialista por Brizola. Francisco de Oliveira lo define acertadamente:

"(...) es mucho más un vasto movimiento político anclado en sectores populares inespecíficos desde el punto de vista de la organización, que responden a demandas de carencia general."

Sintetizando la caracterización del PT, PSDB y PDT, de Oliveira señala: *"Esas tres formaciones constituyen la forma —particular de Brasil (...)— de la izquierda contemporánea social-democrática, aunque sólo una de ellas se autodenomine así. Y la construcción de una relación entre bases sociales y representación política —algo que cierta politicología prefiere no buscar, para permanecer en lo aleatorio— es no sólo un hecho nuevo en Brasil, sino la señal de que, definitivamente, traspasamos el último umbral de la modernidad y, más allá de eso, la real hiladora de la democracia."*⁵

Las elecciones presidenciales de 1989 forman parte de la transición hacia la democracia brasileña. Una nota distintiva, curiosa, es que la campaña electoral no puso en cuestión, no centró los ataques en el régimen militar que entre 1964 y 1985 suspendió el ejercicio de la democracia política y durante casi treinta años impidió la elección directa de presidente y vice. En cambio, los ataques más fuertes fueron dirigidos, cuando aparecieron, contra el gobierno de Sarney que, más allá de lo desastroso de su gestión, no obstaculizó el proceso y lo garantizó, expiando de algún modo el vicio de su origen. La gravedad de la coyuntura se impuso sobre el necesario análisis de las líneas de continuidad que existen en la política brasileña desde el golpe de 1964. En este sentido, no es solo un dato anecdótico la rehabilitación de Aureliano Chaves —quintaesencia del político mediocre (al igual que Sarney) pergeñado por la dictadura—, la persistencia de Paulo Maluf —otro fruto de la dictadura, símbolo de la opresión, la mentira y la corrupción. Tampoco lo es que haya ganado Collor de Mello —como Chaves, Maluf y Sarney— hombres del PDS o, como lo definió Brizola con una frase feliz, *filhote da ditadura*, expresión de la continuidad, persistencia de la transición conservadora.

Sobre la cultura política brasileña

Una investigación realizada conjuntamente por DataFolha y el Centro de Estudos de Cultura Contemporânea (CEDEC) en 141 municipios de todo el país, muestra sugestivos aspectos de la cultura política brasileña. Así, 43% de los entre-

⁵ Francisco DE OLIVEIRA, "Da governabilidade e das alianças", en Folha de São Paulo, 7 de diciembre de 1989, A-3.

vistados se declaró partidario de la democracia sobre cualquier otra forma de gobierno, pero 22% se mostró indiferente respecto de una democracia o una dictadura (tanto da una como otra), y un 18% incluso se pronunció sobre la conveniencia de la dictadura en ciertas circunstancias. Un significativo 15% respondió no tener opinión. Por otra parte, 45% respondió afirmativamente a la proposición "*La participación del pueblo en las decisiones importantes del gobierno*", como una solución preferida para el país. La opción por la democracia fue reforzada con los pronunciamientos a favor de la total libertad para los partidos políticos (69%), en contra del cierre, en hipótesis alguna, del Congreso Nacional (68%) y en contra de la censura a los medios de comunicación (64%). También por el 74% de respuestas afirmativas a la proposición "*Si el pueblo tuviese el poder de decidir, el país sería mucho mejor*", aunque, paradójicamente, 45% (contra 38) se pronunció positivamente sobre la proposición "*El país funcionaría mejor si los militares volvieran al poder*" y 46% (contra solo 27) adhirió a esta otra: "*La democracia es peligrosa porque puede provocar desórdenes*".

Los resultados de la investigación dicen también de la fuerte desconfianza que los brasileños tienen de sus instituciones políticas: 59% (Poder Ejecutivo), 57% (Congreso) y 43% (justicia). Como si fuera poco, existe la convicción de que los Poderes Ejecutivo y Legislativo federales son influidos en sus decisiones por los empresarios (72 y 71%) y por los militares (54 y 48%, respectivamente), al tiempo que los partidos son visualizados en primer lugar como representantes "*de los propios políticos*" (49%) y estos como personas interesadas principalmente en procurar enriquecerse a costa del dinero público (45%, contra solo un 9% que piensa que se dedican a defender los intereses de los electores). Como bien señala Leôncio Martins Rodrigues, estos resultados sugieren que falta en Brasil una de las condiciones básicas —una competente clase política— para el funcionamiento correcto de un sistema político democrático, como también que existe una fuerte proporción de electores favorables a modelos autoritarios de gobierno y de actuación pública.

Es cierto que un 67% se interesa por alguna dimensión política (municipal, estadual o nacional), pero también lo es que un porcentaje menor (58%) cree que su influencia en la política es nula (aunque el 62% encuentra que la política influye en su vida) y nada menos que 78% está de acuerdo con la proposición "*La política es tan complicada que la población no entiende lo que acontece*". Un 45% (contra 43) afirma que "*El pueblo no tiene capacidad de opinar sobre cómo deben ser las leyes en Brasil*", y un 51% (contra 40) coincide con la proposición "*La política debe ser hecha por profesionales, como diputados y senadores*".

José Alvaro Moisés dice bien cuando destaca que esos datos son "*un índice elevado de alienación, de sentimiento de ineficacia y de marginalidad en relación a la vida política*".

Es clara la fuerte incidencia, en la caracterización de la cultura política brasileña, de una concepción de práctica política fundada en la delegación (en detrimento de la representación), es decir, en la entrega al gobernante de la misión de resolver los problemas de la sociedad. La delegación, a la inversa de la representación, no construye el principio de legitimidad del ejercicio del poder por parte de aquel a través de un proceso, generalmente más largo que corto, de identificación histórica entre la base social y el dirigente político. Solo se funda en depositar (delegar) la tarea en este, reservándose los delegantes el mantenimiento de la cotidiana expectativa de la administración y, sobre todo, de los resultados inmediatos. El principio de delegación puede servir para ganar elecciones (Collor lo ha probado una vez más), pero difícilmente sirve para gobernar democráticamente.

La investigación de DataFolha/CEDEC enseña asimismo que existe un abismo entre los grupos de más altos ingresos y más alta escolaridad y los de más bajos

ingresos y más baja escolaridad respecto de la participación política. Esta —medida a través de indicadores simples, como firma de manifiestos de protesta o reivindicación y participación en huelgas— es mayor entre quienes forman parte del primero de esos dos grupos. Son ellos también quienes tienen mayor interés por la política nacional, que supone un grado de abstracción o generalización y de conocimiento mayores que la de nivel local o estadual.

Atendiendo a las franjas etarias (16-17, 18-25, 26-40 y +40 años), es posible constatar que los más jóvenes (16-17) son los más desconfiados de las instituciones (71% en el caso del parlamento), los más conformes con la proposición de la democracia como peligrosa por su posibilidad de generar desórdenes (52 contra 38% que desacuerdan) y los más indiferentes a la existencia de una democracia o una dictadura (40%, contra solo 14 de los mayores de 40 años). Estos datos sugieren jóvenes de posiciones políticas más conservadoras que las de los mayores, aunque simultáneamente esos mismos jóvenes de 16-17 años —para desconcierto de cualquier analista— ofrecen los porcentajes positivos más altos en las respuestas a las proposiciones *"Si el pueblo tuviese poder de decidir, el país sería mucho mejor"* (86%, mientras es de 79, 72 y 71 en las siguientes franjas etarias) y *"Para resolver los problemas del país, lo mejor es la participación del pueblo en las decisiones importantes del gobierno"* (66%, contra 53, 45 y 33 en las otras tres), y el más bajo de adhesión (21%) a la proposición *"Lo mejor es la actuación de un líder que coloque las cosas en su lugar"*.

André Singer opina que una conclusión posible es que estos jóvenes no identifican democracia con participación y dictadura con ausencia de ella: *"Tal vez imaginen una dictadura participativa o acrediten que la democracia formal no significa poder de decisión del pueblo; es difícil saber"*.

Paulo Sergio Macouçah, a su vez, sugiere que *"el desencanto de los jóvenes con la política institucional está íntimamente relacionado con una cierta sensación de impotencia frente a ella. Es entre los entrevistados con menos de 25 años que encontramos los mayores porcentajes de descreimiento en las propias posibilidades de influir en la política"*.⁶

Los jóvenes constituyeron un fuerte componente del electorado favorable a Collor, pero parece claro que su adhesión a él no es explicable, como en otros, por el principio de delegación en un líder carismático.

Las angustias del futuro

Los presidenciables ubicados en los cuatro primeros lugares obtuvieron en conjunto el 70,82% de los votos emitidos y el 62,37% del total del padrón. Los dos finalistas, Collor de Mello (28,52%) y Lula da Silva (16,08%), expresan solo al 44,6% de los votantes efectivos y al 39,27% de los inscriptos. En esos términos, la mayoría de la sociedad votó en contra de quienes, en definitiva, disputaron la presidencia. La base electoral y mucho más la social real de uno y otro es, entonces, angosta. No solo expresa la fragmentación o la diversidad horizontal y vertical de la sociedad brasileña, sino que plantea la cuestión de la gobernabilidad. Frente a ella, las estrategias de Collor y de Lula en el segundo turno son reveladoras: el primero

⁶ La investigación sobre cultura política de DataFolha/CEDEC fue realizada en setiembre de 1989, a partir de un proyecto original de José Alvaro Moisés. Véase Folha de São Paulo, 24 de setiembre de 1989, B-1, 6, 7 y 8.

optó por una postura de aparente intransigencia, de no negociación (como si la política no requiriera necesariamente de este componente), sin exceptuar la soberbia; quienes querían votarlo, que lo hicieran..., pero sin pedir ni recibir nada a cambio. Lula, por el contrario, negoció con las fuerzas afines (PDT, PSDB, PCB y hasta algún sector del PMDB), procurando constituir un arco de centroizquierda-izquierda, tal vez mejor, socialdemócrata, incluyendo modificaciones en el programa de los 13 puntos levantado por el FBP durante la campaña del primer turno. Collor tenía a su favor el temor de los empresarios y de la clase media tradicional (y de la moderna no radicalizada o más conservadora) a los fantasmas de la izquierda, *maccartismo* extremado que se constituyó en un ingrediente fundamental de la sucia, miserable propaganda que el PRN utilizó en diciembre, especialmente cuando las encuestas de opinión mostraban un continuo crecimiento de las chances de Lula (que llegaron hasta el empate técnico y, adicionalmente, hicieron subir la cotización del dólar estadounidense en el mercado paralelo de cambios). Allí Collor abandonó su falsa imagen de socialdemócrata que con desparpajo había querido mostrar hasta entonces, y vació de todo contenido ético a su apelación electoral.

¿Por qué Collor obtuvo más votos? (pregunta más correcta que la usual: ¿por qué ganó Collor?). Este sumó más votos que sus adversarios en el primer turno, pero apenas poco más del cuarto de los votantes efectivos. Pasó de la mitad en el segundo, instancia en la que las reglas del juego obligan a optar solo entre dos, pero nadie podría sostener sensatamente que ese es indicador cuantitativo de su base social, ni siquiera de su genuino caudal electoral. (Y lo mismo valdría si hubiese triunfado Lula.) Obtuvo más votos, pero no ganó.

Obtuvo más votos porque logró vender la imagen de "cazador de marajás", del más decidido opositor a la corrupción, a los políticos y al presidente Sarney, de hombre nuevo no contaminado con el pasado —obviando hechos nada triviales como su pertenencia a una familia oligárquica, hijo y nieto de dirigentes políticos, él mismo con trayectoria en este campo, iniciada de modo no democrático con su designación como prefecto "biónico" de Maceió (1979-83) y continuada como diputado federal (electo por el PDS, 1983-86) y gobernador de Alagoas (ahora con la camiseta del PMDB, 1987-89)—, sin descuidar alguna crítica a los militares y a los empresarios. En ese sentido, Collor de Mello logró articular, detrás de su candidatura, su nombre y su imagen, el sentimiento de oposición y de cambio existente en vastos sectores de la sociedad brasileña, comenzando por los desesperados, los más pobres, los más inorgánicos, los marginales, a quienes se sumaron los oportunistas. Todos ellos no son pocos. Collor no los representa; ellos delegaron en Collor la tarea de resolución de sus problemas. Y le exigirán resultados inmediatos. Ese caudal se incrementó, especialmente en el segundo turno, con el aporte ya indicado de sectores tradicionales y modernos no radicalizados de la clase media, el empresariado temeroso de las reformas sociales que potencialmente realizaría un gobierno *petista* (y quizás más, temeroso de que Lula hiciese algo tan grave como un hipotético socialismo: el capitalismo),⁷ los militares, otros oportunistas, en fin, el fisiologismo.

Pero Collor es un caso de inversión: es todo lo contrario de cuanto aparenta.

⁷ Emerson Kapaz, empresario paulista perteneciente a la oposición a la actual conducción de la poderosa FIESP, la federación de empresarios e industriales, señaló: "El gobierno Lula es viable y va a ayudar a implantar el capitalismo en el Brasil". Con ello hacía referencia a que un gobierno *petista* pondría fin a los privilegios de que gozan los empresarios brasileños, concedidos por el Estado. Este paraguas o escudo protector estatal ha funcionado eficazmente para beneficiar a aquellos, pero ha inhibido más de un mecanismo genuinamente capitalista. Como en otros países —Argentina entre ellos— esa burguesía se desmorona en cuanto pierde la muleta estatal.

Es la imagen del cambio, pero hará una política conservadora y continuista. Dice favorecer a los pobres, pero su política de ajuste beneficiará a los más ricos. Habla de democracia, pero es autoritario y demagogo. Se proclama antipolítico⁸ y es la expresión del peor tipo de político generado por la oligarquía y la dictadura militar. Hizo campaña contra la corrupción, pero tanto él como algunos de sus más próximos colaboradores y seguidores han sido sindicados como partícipes en claros casos de corrupción. Dice ser un cazador de marajás, pero su gestión como gobernador de Alagoas benefició a estos, y cuando fue diputado, de entre los pocos proyectos que presentó se destaca aquel que pretendía beneficiar a empresarios de televisión (como lo es él mismo). Es joven (40 años), pero tiene mentalidad y formación de anciano. Habla de paz social, pero es un hombre violento, intemperante, intolerante y agresivo. Denostó a Sarney, pero su principal obra de gobierno estadual la hizo merced a fondos federales enviados por el presidente. Collor no está descolorido, solo que es un caso de inversión cromática; tiene los colores invertidos: parece blanco, pero es negro; parece transparente, pero es opaco o turbio.

Collor gobernará sin partido orgánico, sin mayoría parlamentaria (por lo menos durante 1990, a cuyo final habrá renovación parlamentaria), con la oposición de la poderosa CUT, sin la confianza de los empresarios ni, posiblemente, de los banqueros acreedores,⁹ sin fuertes bases en la sociedad civil y con las urgencias de respuestas a las demandas de la mayoría de sus electores. Seguramente también chocará con las aspiraciones de la clase media urbana moderna, dinámica y democrática, empezando por la sofisticada y voluble clase media paulista.

Un problema es, pues, el de la gobernabilidad. Pero como bien lo recordaba Francisco de Oliveira, esta no es una cuestión de mera competencia técnica. La real gobernabilidad remite a la relación construida entre bases sociales y representación política, a la capacidad de suscribir compromisos políticos y cumplir los asumidos. Ni el PRN, ni Collor y su entorno disponen de la capacidad de negociación en materia salarial que posee el PT (vía CUT), ni de la de gestión de empresas públicas de cuadros del PSDB, ni de la interpretación de y la disposición para las políticas sociales del PDT, para poner solo algunos ejemplos gruesos.¹⁰

La sociedad brasileña tiene frente a sí el desafío de superar su crisis más grave. En primer lugar, necesita dominar drásticamente y rápidamente la inflación, condición necesaria para hacer viable cualquier política. Pero también debe comenzar a preparar las condiciones sociales para profundizar la democracia, tarea que requiere la efectivación de un conjunto de reformas. Se trata de la reforma general del país, principalmente en lo social, lo estatal y lo económico.

"Una reforma social que incorpore las grandes masas a niveles superiores de vida, de educación y de participación. Una reforma del Estado que restaure la solvencia, la competencia y la probidad del sector público. Una reforma económica que recupere el crecimiento económico y reoriente al país en la dirección de su modernización".¹¹

Nada de ello apareció en el discurso de Collor de Mello, ni figura en su remedo de programa. A lo sumo se encuentran referencias a una eventual reforma

⁸ De este modo se opone a su padre y a su abuelo, lo que sugiere una explicación psicoanalítica, referida a la rebelión contra uno y otro. Pero no parece el caso.

⁹ Significativamente, banqueros de la city de Londres encontraban a Lula un candidato mejor preparado que Collor para realizar una política económica a mediano y largo plazo, tratando de satisfacer las aspiraciones básicas de la clase obrera. Collor puede representar, en cambio, la continuación de las viejas líneas directrices de la economía brasileña. Véase Folha de São Paulo, 1º de diciembre de 1989, B-6.

¹⁰ DE OLIVEIRA, loc. cit.

¹¹ JAGUARIBE, loc. cit.

del Estado, pero no queda bien claro de qué se trata. Como en otros lugares de América Latina, la expresión "reforma del Estado" está a la orden del día. A menudo parece reducirse a la privatización de empresas de su propiedad, a la reducción del gasto y del empleo públicos. La reforma del Estado es necesaria —¿qué duda cabe?—, pero es algo mucho más complejo y profundo que eso. En rigor, de la reforma del Estado *stricto sensu* es de lo que no se habla. En todo caso, en Brasil como en otros lugares, reformar el Estado se ha convertido en la muletilla de quienes, en realidad, no quieren reformar la sociedad. Y la reforma de la sociedad es mucho más importante y más urgente que la reforma del Estado.

Entretanto, quien será el nuevo presidente y sus colaboradores parecen tener de los problemas de la sociedad brasileña el mismo diagnóstico o explicación presentes en la sabiduría de Saganarelo, recordada en algún momento por Raymundo Faoro:

"Su hija es muda, y ello se debe al hecho de que no habla".

Buenos Aires, enero 1990.